



Chibalete Editores

Título original: *Schachnovelle*.

Por Stefan Zweig

© De la presente traducción: David Alvarado Archila

© Revisión del texto, diseño de la colección, ilustración y diagramación:

Chibalete Editores, 2025

Adriana Serrano Carrasco

Dirección del Programa Integral de Lectura y Gestión del Conocimiento

Nicolás Jiménez Ariza

Dirección de colección

María Angélica Ortiz Pineda

Dirección de arte de la presente obra

Para la elaboración de esta traducción, se utilizó la edición de *Schachnovelle* publicada por Fischer Verlag (2009).

ISBN-E: 978-628-96671-6-5

© Todos los derechos reservados. Está prohibida la reproducción parcial o total de este libro, su recopilación en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o medida, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, registro, o bien por otros medios, sin el previo consentimiento por escrito de la editorial. Los contenidos de este libro han sido intervenidos parcialmente con herramientas de IA bajo supervisión humana.

www.chibaleteeditores.com



Novela de ajedrez

Stefan Zweig

Traducción
David Alvarado-Archila



su explicación– Mirko Czentovic, el campeón mundial de ajedrez. Ha recorrido Estados Unidos de oriente a occidente participando en torneos y ahora se dirige a Argentina para alcanzar nuevos triunfos.

De inmediato recordé a aquel joven campeón mundial e incluso algunas particularidades sobre su asombrosa carrera. Mi amigo, un lector de periódicos más atento que yo, complementó mi recuerdo con una serie de anécdotas. Desde hacía aproximadamente un año, Czentovic había empezado a situarse junto a los campeones más venerados del arte del ajedrez, como Alekhine, Capablanca, Tartakover, Lasker o Bogoliúbov. Desde Rzezevski, el niño maravilla de siete años presentado en el torneo de ajedrez de Nueva York en 1922, no había causado tal excitación la irrupción de un completo desconocido entre los miembros de este gremio insigne. Además, los atributos intelectuales de Czentovic no parecían presagiarle una carrera deslumbrante. Pronto se supo que este campeón de ajedrez no podía escribir una oración sin errores de ortografía en ningún idioma y, como afirmaba uno de sus colegas con sarcasmo e indignación, su falta de formación era igualmente universal en todas las materias.

Czentovic era hijo de un miserable barquero sudeslavo¹ del Danubio, cuya barca diminuta había naufragado tras haber sido arrollada por una barcaza cargada de cereales. Después de la muerte de su padre, el párroco de ese apartado lugar se compadeció y adoptó al muchacho que, por aquel entonces, tenía doce años. El buen hombre hacía todo lo que estaba a su alcance para compensar, a través de clases particulares, lo que el niño taciturno, tonto y de frente ancha no era capaz de aprender en la escuela del pueblo. Sin embargo, todos los esfuerzos eran inútiles. Mirko volvía a mirar con extrañeza los caracteres que le habían explicado cien veces, pues su cerebro, que difícilmente trabajaba, carecía de la

¹ Los sudeslavos son comunidades que viven en la península balcánica, en los Alpes orientales y en Panonia (actual Europa central). Se les conoce también como eslavos meridionales. Entre ellos se cuenta a los búlgaros, macedonios, serbios, croatas y bosnios, entre otros. [N. del E.]





hombre famoso. Un agente apellidado Koller, cuyo oficio habitual era el de encontrar cantantes para el cabaret de la guarnición militar, se declaró dispuesto a llevar al joven a Viena para que fuera instruido en el arte del ajedrez por un excelente maestro amigo suyo, con la condición de que lo subsidiaran durante un año. El conde Simczic, que no se había enfrentado a un contrincante tan maravilloso durante sus sesenta años de juego, firmó el cheque de inmediato y aquel día comenzó la extraordinaria carrera del hijo del barquero.

Mirko dominó todos los secretos del ajedrez en medio año, a pesar de una rara limitación que más tarde fue objeto de burlas y de señalamientos en los círculos de expertos: Czentovic era incapaz de jugar una partida de memoria o, como dirían los expertos, era incapaz de jugar una partida a ciegas, pues carecía de la habilidad de proyectar el tablero de ajedrez sobre el campo ilimitado de la imaginación. Siempre debía tener a mano los cuadrados negros y blancos, con sus sesenta y cuatro escaques y sus treinta y dos figuras; incluso en la cúspide de su fama mundial, era usual verlo con un ajedrez de bolsillo en el que podía tener ante sus ojos la posición de las piezas cuando quería reconstruir una partida o solucionar él mismo un problema. Este defecto, insignificante por sí solo, revelaba sin embargo una carencia de fuerza imaginativa que suscitaba álgidas discusiones entre los círculos más selectos, pues era equivalente a que un virtuoso de la música o un director de orquesta fuera incapaz de tocar o dirigir una pieza sin tener la partitura a mano. Sin embargo, esto no impidió el estupendo ascenso de Mirko. Con solo diecisiete años, ya había ganado una docena de premios de ajedrez; a los dieciocho se proclamó como campeón húngaro y a los veinte años se coronó campeón mundial. Incluso los campeones más audaces, que lo superaban con creces en dotes intelectuales, en imaginación y en temeridad, sucumbían ante su lógica fría y co-reosa, como Napoleón ante el obtuso Kutusov, como Aníbal ante Fabio Cunctator, de quien Tito Livio cuenta que ya en la niñez había presentado síntomas de imbecilidad y de flemas.





Así, la ilustre galería de maestros del ajedrez, que reunía a diversos tipos de superioridad intelectual como filósofos, matemáticos, naturalezas calculadoras, imaginativas y con frecuencia creadoras, se vio forzada a abrir sus puertas a alguien ajeno al mundo intelectual, a un pesado y taciturno campirano, al que ni el más avezado de los periodistas pudo sacarle una palabra digna de ser publicada. Pero Czentovic suplió pronto la falta de declaraciones ingeniosas al ofrecer a los periódicos un rico cúmulo de anécdotas sobre su persona, pues, de manera irremediable, Czentovic se transformaba en una figura grotesca y casi cómica segundos después de alejarse del tablero, en donde era un maestro insuperable. A pesar de su solemne traje negro, de su pomposa corbata, adornada con un ostentoso pasador de perlas, y de la cuidada manicura de sus dedos, sus gestos y sus modales eran los mismos del limitado joven campirano que barría la habitación del párroco. Con torpeza y con una tosquedad desvergonzada que divertía e irritaba a sus colegas, intentaba sacar provecho monetario de su talento y de su fama con el fin de satisfacer una mezquina y, con frecuencia, ordinaria codicia: viajaba de ciudad en ciudad y se hospedaba en los hoteles más baratos; jugaba en los clubes más miserables, siempre y cuando le pagasen sus honorarios; cedió su imagen para anuncios de jabón e, incluso, vendió su nombre para que apareciera como autor de una *Filosofía del ajedrez*, escrita realmente por un joven desconocido de Galitzia para un editor avezado en los negocios, sin importarle la burla de sus oponentes que sabían con exactitud que él era incapaz de escribir tres oraciones de forma correcta. Como todas las naturalezas cerriles, carecía de la consciencia del ridículo. Desde su triunfo en el campeonato mundial, se consideraba a sí mismo como el hombre más importante del mundo, y la consciencia de haber derrotado a todos esos oradores y escritores intelectuales, listos y deslumbrantes, acompañada del hecho evidente de ganar más dinero que ellos, transformó la inseguridad inicial en una fría y, con frecuencia, tosca soberbia.



–Pero, ¿cómo no iba a trastornar la fama repentina a un cabeza hueca? –concluyó mi amigo, que acababa de contarme algunas anécdotas típicas de la prepotencia pueril de Czentovic–. ¿Cómo no iba a estallar la vanidad en un joven campesino de veintiún años proveniente del Banato³ si, de repente, con solo mover algunas figuras sobre un tablero de madera, gana más en una semana que todo su pueblo en un año, después de talar árboles y realizar las más arduas tareas? Y, además, ¿no es mucho más fácil creerse un gran hombre cuando uno no tiene ni la menor idea de que haya existido alguna vez un Rembrandt, un Beethoven, un Dante o un Napoleón? Solo hay una certeza en el cerebro tapiado de este joven: que no ha perdido una partida de ajedrez en meses. Y como no sospecha que pueda haber en el mundo otros valores distintos al ajedrez y al dinero, tiene todas las razones para sentirse orgulloso de sí mismo.

Las declaraciones de mi amigo despertaron mi más viva curiosidad. Toda la vida me han fascinado los monomaniacos, aquellos que están obsesionados con una idea fija pues, entre más se limita uno, más cerca está de lo infinito. Estos seres que, en apariencia, se han alejado del mundo, son precisamente los que, como termitas, utilizan su propio material para crear una curiosa y mínima versión del mundo. Por esta razón, no disimulé mi interés en poner bajo la lupa a este espécimen, de estrechez intelectual singular, durante los doce días del viaje a Río.

–No creo que tenga suerte –me advirtió mi amigo–. Por lo que sé, nadie ha podido sacar a Czentovic ni el más mínimo material psicológico. Detrás de todas sus limitaciones abisales, este astuto campesino tiene la gran habilidad de ocultar sus puntos débiles gracias a una simple técnica: Czentovic evita toda conversación, salvo con los campesinos de su propio círculo, a quienes busca en las pequeñas posadas. Si intuye la presencia de una persona educada, se encierra como un

3 Región histórica del sudeste de Europa, gobernada por un ban (título nobiliario). El término ban proviene de las lenguas eslavas y significa: señor, amo o soberano. Actualmente, la región del banato está ubicada entre Rumania, Serbia y Hungría. [N. del E.]





caracol en su concha. Esta es la razón por la que nadie puede jactarse de haberle oído decir una tontería, ni de haber medido la supuesta profundidad insondable de su ignorancia.

En efecto, mi amigo tenía razón. Durante los primeros días del viaje fue imposible acercarme a Czentovic sin incurrir en una grosera impertinencia ajena a mi carácter. En ocasiones se le veía pasear por la cubierta con las manos en la espalda, ensimismado y con una orgullosa serenidad, como la que tiene Napoleón en su famoso retrato. Además, sus rondas peripatéticas por la cubierta terminaban tan pronto y de manera tan súbita, que uno habría tenido que ir al trote para poder hablar con él. Por otra parte, nunca se mostraba en los lugares de reunión, en el bar o en la sala de fumadores y, por la información confidencial que me dio el camarero, Czentovic pasaba gran parte del día en su camarote, ensayando o reconstruyendo partidas de ajedrez sobre un imponente tablero.

Al cabo de tres días, comenzó a molestarme que sus tácticas evasivas fueran más hábiles que mi voluntad de acercarme a él. Nunca en mi vida había tenido la oportunidad de conocer en persona a un maestro del ajedrez y cuanto más intentaba hacerme una imagen de este tipo, más inverosímil me parecía una actividad cerebral que, durante toda una vida, girara alrededor de un espacio de sesenta y cuatro casillas blancas y negras. Por experiencia propia, yo conocía muy bien el misterioso poder de atracción del "juego de reyes", el único juego entre todos los creados por el hombre que se sustrae a la tiranía del azar y que otorga el laurel de la victoria solo al espíritu o, mejor, a una forma particular de talento intelectual. Pero, ¿el hecho de nombrar al ajedrez como un juego no implica una degradación insultante? ¿Acaso no es también una ciencia, un arte que oscila entre estas categorías como la tumba de Mahoma que se mueve entre el cielo y la tierra? ¿Acaso no es un vínculo único entre los pares opuestos, ancestral y eternamente nuevo; mecánico en su construcción y, sin embargo, solo efectivo a través de la imagina-



ción; delimitado en un espacio geométrico e ilimitado en sus combinaciones; que se desarrolla de manera continua y, no obstante es estéril: un pensamiento que no lleva a nada, una matemática que nada calcula, un arte sin obra, una arquitectura sin substancia pero, como se ha comprobado, más permanente en su esencia y en su existencia que todos los libros y todas las obras; el único juego que pertenece a todos los pueblos y a todos los tiempos y de quien nadie sabe qué dios lo legó al mundo para matar el aburrimiento, aguzar los sentidos y estimular el espíritu? ¿Dónde está su principio y dónde su fin? Cualquier niño puede aprender sus reglas básicas; cualquier inepto puede probar su suerte con él y, sin embargo, dentro del estrecho cuadrado inmutable se produce una especie particular de maestros incomparables, hombres con un talento único para el ajedrez, genios específicos en los que se combinan la clarividencia, la paciencia y la técnica en proporciones definidas, como en los matemáticos, los poetas y los músicos, aunque con una función y armonía distintas.

En tiempos pasados, llenos de pasión por la frenología, es probable que Gall⁴ hubiera diseccionado los cerebros de estos maestros del ajedrez para comprobar la existencia de una sinuosidad particular en la materia gris, una especie de músculo del ajedrez o una protuberancia de ajedrecista desarrollada de manera más notoria que en los demás cerebros. ¿Y cuán interesado habría estado este frenólogo con el caso de Czentovic, en quien la genialidad se ocultaba detrás de una pereza intelectual absoluta, como una veta de oro dentro de una piedra estéril! En principio, para mí era comprensible que un juego como este creara a sus propios maestros pero, ¿qué difícil, por no decir que imposible, resulta imaginarse la vida de un hombre de intelecto activo a quien el mundo se le reduce a una única dirección entre el blanco y el negro; un hombre que concibe el éxito como el mero ir y venir para adelante

4 La frenología de Gall es una teoría pseudocientífica desarrollada por el médico y filósofo alemán Franz Joseph Gall (1758-1828). Según esta teoría, la forma del cráneo de una persona determina su personalidad y habilidades mentales.. [N. del E.]



y para atrás de sus treinta y dos figuras; un hombre que considera una proeza comenzar un nuevo juego moviendo el caballo en vez del peón o que considera que esto significa la inmortalidad en un mísero rincón de los renglones de un libro de ajedrez; un hombre, un ser pensante que, sin volverse loco, dedica toda su energía mental durante diez, veinte, treinta o cuarenta años de su vida a la ridícula tarea de acorralar a un rey de madera sobre un tablero también de madera!

Y ahora, por primera vez, tenía cerca a uno de esos fenómenos. Uno de esos genios extraordinarios o locos enigmáticos estaba a solo seis camarotes de distancia, mientras que yo, el desdichado en quien la curiosidad por las cosas del intelecto siempre se transforma en una especie de pasión, parecía que no era capaz de acercarme a él. Comencé a planear las estratagemas más absurdas, como alabar su vanidad fingiendo que quería entrevistarle para una revista importante o alimentar su codicia proponiéndole un lucrativo torneo en Escocia. Al final, recordé la técnica más probada por los cazadores para atraer al urogallo: imitar su canto de cortejo. ¿Qué mejor para llamar la atención de un maestro de ajedrez que jugar uno mismo?

Yo nunca he sido un artista del ajedrez por la sencilla razón de que siempre lo he jugado con frivolidad y solo para mi deleite. Cuando me siento durante una hora frente al tablero de ajedrez, no lo hago para devanarme los sesos, sino para relajarme. Yo “juego” ajedrez en el sentido más literal de la palabra, mientras que los otros, los verdaderos maestros, “enserian”⁵ el ajedrez, para introducir un neologismo osado en alemán. Pero en el ajedrez, como en el amor, se necesita una pareja y yo no sabía si habría algún otro amante del ajedrez a bordo, a excepción de nosotros dos. Para sacar a estos amantes de sus madrigueras, ideé una trampa primitiva que llevé a cabo en la sala de fumadores: me senté frente a un tablero

⁵ El autor crea el término *ernsten*, que no existe como verbo en alemán, derivándolo del adjetivo *ernst* (serio). En la presente edición se ha traducido como *enseriar*, que sí existe en español, de acuerdo con la RAE. [N. del E.]



de ajedrez junto a mi esposa (que juega incluso peor que yo) y me puse al acecho. No habíamos realizado ni seis jugadas cuando alguien se detuvo a mirar nuestra partida y alguien más nos pidió permiso para mirar el juego; por último, apareció mi compañero deseado y me retó a una partida. Se llamaba McConnor y era un ingeniero civil escocés que, por lo que oí, había hecho una gran fortuna perforando la tierra en busca de petróleo en California. Su aspecto era el de un hombre robusto, con una quijada prominente y casi cuadrada; con unos dientes fuertes y un intenso color de piel, cuyo pronunciado color rojizo delataba, en parte, su fuerte pasión por el whisky. Sus hombros anchos y llamativos, casi atléticos, también revelaban su carácter durante el juego, pues el señor McConnor pertenecía a esa clase de hombres de éxito obsesionados consigo mismos que, incluso en el juego más insignificante, consideran la derrota como un desprestigio personal. Acostumbrado a abrirse paso en la vida sin miramientos, y obnubilado por su éxito, este hombre, forjado por sí mismo, estaba tan firmemente convencido de su superioridad, que cualquier oposición le ofendía como si fuera una irrespetuosa insurrección. Al perder la primera partida, se puso de mal humor y comenzó a aclarar, de manera detallada y dictatorial, que eso solo habría podido ocurrir por una distracción momentánea; al perder la tercera partida, culpó al ruido de la sala contigua por su fracaso. No estaba dispuesto a perder una partida sin exigir de inmediato una revancha. Al principio, me divertí esa obstinación ambiciosa y terminé por considerarla como un inevitable efecto secundario en la consecución de mi objetivo: lograr que el campeón mundial se sentara ante nuestra mesa.

Al tercer día logré mi cometido, aunque de manera parcial. Ya fuera porque Czentovic nos hubiera visto desde la cubierta de paseo a través del ojo de buey o porque hubiera honrado con su presencia la sala de fumadores, lo cierto es que al ver que unos incompetentes ejercían su arte dio un paso hacia nosotros y, desde una distancia segura, lanzó una mirada inquisitiva sobre nuestro tablero. Era el turno de McConnor, pero su movimiento fue suficiente para convencer

